

* Yovany Salazar
Estrada Mg.

Docente de la Carrera de Lengua Castellana y Literatura
Universidad Nacional de Loja
Correo electrónico: ysalazarec2002@yahoo.es

La emigración de campesinos lojanos en la novela "El Retorno de Aquiles Jimbo"

**The migration of Loja's peasants in the novel "El Retorno de
Aquiles Jimbo"**

*YOVANY SALAZAR ESTRADA: : Doctor en Ciencias de la Educación (1993) y en Lengua Española y Literatura (2000). Magister en Docencia Universitaria e Investigación Educativa (1998), en Estudios de la Cultura, Mención: Literatura Hispanoamericana (2004) y en Filosofía en un mundo global (2012). Profesor de la Universidad Nacional de Loja, en áreas de expresión oral y escrita, investigación lingüística y literaria, métodos de análisis literario, crítica literaria y literatura.

INTRODUCCIÓN

La migración constituye un fenómeno sociológico consubstancial al origen y desarrollo histórico de la humanidad y ha emergido, se ha incrementado o desbordado, por diferentes factores causales, entre los que destacan los de naturaleza económica, social, política, religiosa, étnica, antropológica, medioambiental, familiar, psicológica y hasta personal, que afectan a quienes la protagonizan.

En el Ecuador, los movimientos migratorios han estado presentes desde sus mismos orígenes, hace más de doce mil años (Benites, 2002, p. 37), y se han agudizado en algunos momentos históricos de contacto con culturas foráneas, como por ejemplo, durante la invasión incásica, en la época de la conquista y colonización ibérica y durante las luchas

independentistas del yugo ibérico (Martínez, 2003, p. 90). Ya en la época republicana, las sequías, terremotos y otros fenómenos naturales, que han azotado a nuestro país, así como el abandono en que, históricamente, se ha mantenido a los sectores rurales han acrecentado la migración, de carácter interprovincial e interregional, durante todo el siglo XX (Hurtado, 1969: 84-85).

En cuanto al desplazamiento poblacional al interior del territorio ecuatoriano este tuvo sus lugares de partida y de destino bastante bien marcados. Desde el campo de la Región Interandina o Sierra al campo de la Costa o al de la Región oriental Amazónica. Otro movimiento importante es el que se originaba en el sector rural o en los pequeños pueblos y se dirigía a las cabeceras cantonales, provinciales y, especialmente, a las tres principales ciudades del Ecuador: Quito, Guayaquil y Cuenca y entre las causas que la motivan a la emigración campo ciudad se deben considerar, también, la educación y la formación profesional de las nuevas generaciones (Salazar, 2014, p. 48).



Fotografía: Alexandra Armijos

Como ya ha ocurrido en otras latitudes geográficas, la migración se ha constituido en temática de fondo de la literatura, en sus distintos géneros: teatro, testimonio, poesía, cuento y novela. En la novelística ecuatoriana, por ejemplo, la emigración desde la Región Sierra andina hacia la Región Litoral o Costa está presente en *A la costa* (1904) de Luis A. Martínez (1869-1909); de la Sierra a la Región Amazónica en *El éxodo de Yangana* (1949), de Ángel Felicísimo Rojas (1909-2003); y, del sector rural de la sierra hacia otros lugares del sector rural de la misma Sierra, la Costa, la Amazonía o la ciudad se representa en *Los hijos* (1962), de Alfonso Cuesta y Cuesta (1912-1991) (Salazar, 2013, pp. 70-78). Las novelas: *La semilla estéril* (1962), de Pedro Jorge Vera (1914-1999); *El sudaca mojado* (s.f.), de Mauricio Carrión Márquez y *Los hijos de Daisy* (2009), de Gonzalo Ortiz Crespo, en parte de su discurso narrativo, también recrean la salida desde los sectores rurales hacia las medianas y grandes ciudades del Ecuador.

Y en esta misma línea temática, aunque sea de manera bastante tardía, *El Retorno* (2013), de Aquiles Hernán Jimbo Córdova, vuelve a recrear la salida de campesinos lojanos en dirección a la capital de la provincia y a otras latitudes del país. Esta ficción narrativa se inicia fijando como referente temporal el año de 1950 y culmina en 1964 y en ella se desarrolla la historia de la emigración de José Alfredo Sánchez Valdez y su familia, integrada por su esposa Vilma del Rosario Gálvez y los hijos José Vicente y Susana.

Durante la época en que se desarrolla la historia ficticia adviene la inclemente sequía que, cíclicamente, ha azotado a la más sureña de las provincias del Ecuador y a decir del profesor Arturo, docente de la escuela unitaria del sector y de Don Gregorio, el suegro del protagonista José Alfredo, esta vez agudizada por la irresponsable tala y quema de los bosques secos primarios; pues como expresaba, en dramáticas y premonitorias palabras, el más anciano de la familia: “Nos estamos acabando mijo; a la montaña la están rozando y prendiendo fuego, todo se hace cenizas; las faldas de las cordilleras van quedando peladas y el desierto avanza desde el Perú” (Jimbo, 2013, p. 15).

Pese a estas fundamentadas, aunque solitarias, advertencias de los quijotes y pioneros militantes del ecologismo, respecto de la necesidad de utilizar racional y sustentablemente los recursos naturales, el interés económico puede más que cualquier otro razonamiento y la tala indiscriminada de las especies vegetales sigue indetenible: “Instalado el campamento, con celeridad

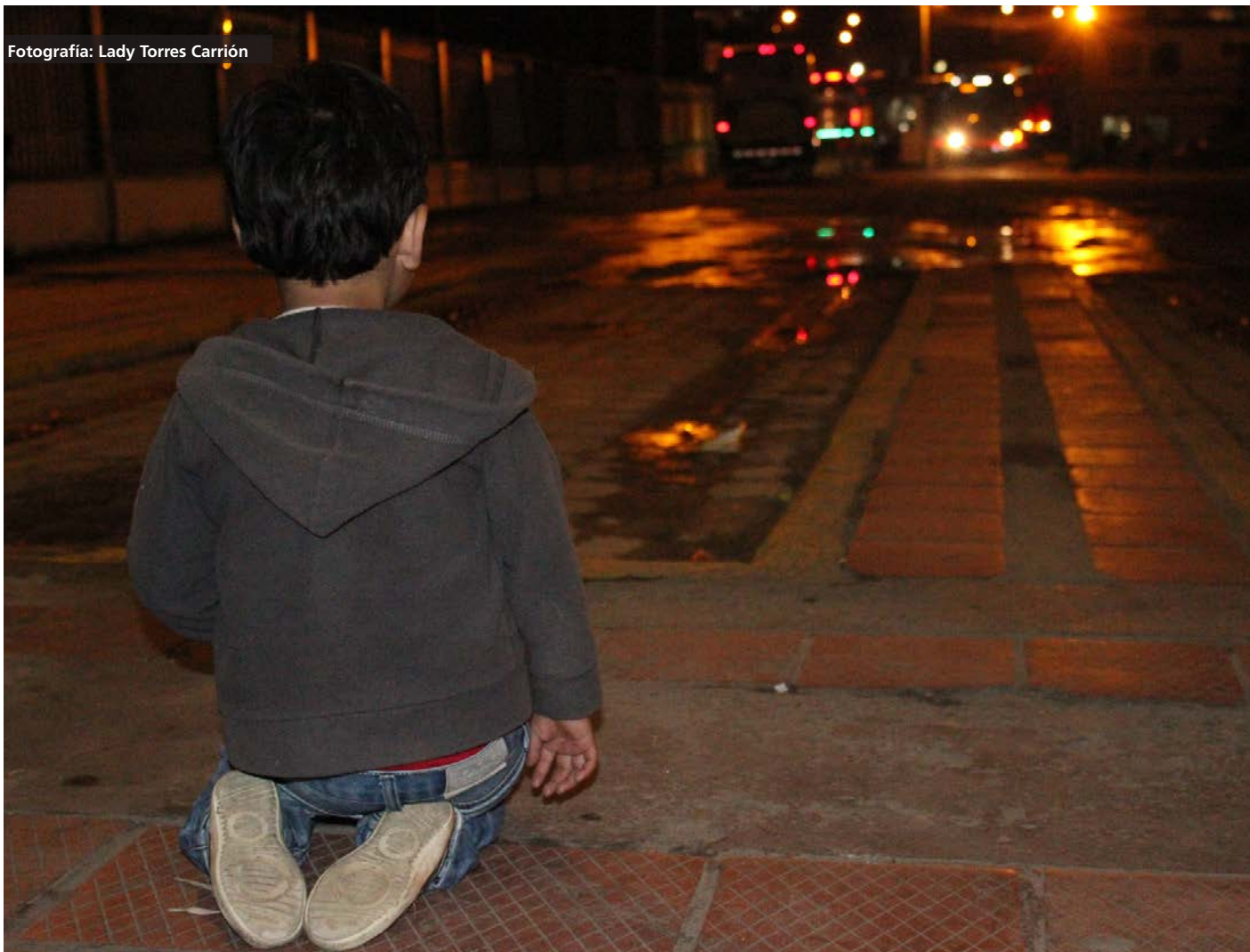
proceden a seleccionar los mejores árboles maderables, para derribarlos y trozar los mejores ejemplares de nogal, cedro, amarillo, hualtaco, chanul, charán, sota, caoba, guayacán y tantos más” (Jimbo, 2013, p. 30). De similar forma sucede con la quema de la vegetación para convertirla en sementeras agrícolas, en cuya actividad, a consecuencia de los fuertes vientos, el fuego se vuelve incontrolable y va arrasando con toda forma de vida: “El viento arremete con bravura, la avalancha incandescente cambia de rumbo y no existe poder humano que la detenga; el fuego destructor transforma en humo negro y en cenizas los bosques, las cabañas, los cerros, los vegetales, los animales, los insectos y todo” (Jimbo, 2013, p. 31).

Cuando advienen las nefastas consecuencias de la falta del lluvia, el hambre y la sed se apoderan de los seres humanos y animales: “(...) el río Alamor era un cementerio de rocas desteñidas y tan solo quedaban unos cuantos pequeños charcos de agua pestilente, apetecida y disputada por bestias agresivas y por seres humanos desesperados” (Jimbo, 2013, p. 45). Como natural reacción aflora el instinto de supervivencia de los campesinos lojanos y adviene la emigración, la huida, la salida hacia otras provincias de Ecuador, sobre todo de la región costanera y amazónica: “los vecinos de Zapotillo, en su mayoría, se desplazaron hacia la región costanera, a la provincia de El Oro (...) otros vecinos viajaron hacia la región nororiental del país; habían oído hablar que se iniciaba la explotación de los aceites [petróleo]” (Jimbo, 2013, pp. 46-47).

En estas dramáticas circunstancias, José Alfredo y su esposa, huyendo de la sequía y con la aspiración de poder dar una mejor educación a sus hijos, deciden emigrar a la ciudad de Loja, no sin antes prometerse retornar a La Esperanza, en las condiciones que fueran. El viaje emigratorio se inicia el 10 de noviembre de 1958: “Así partieron en la madrugada del día más largo, más amargo y más triste que se pueda recordar”.

Las penurias y peripecias del viaje no se hacen esperar; incluso son interceptados en el camino por un grupo de salteadores, quienes usurpando la identidad del famoso bandolero lojano Naún Briones, ya fallecido cerca de un cuarto de siglo antes, les arrebatan el dinero y las joyas que llevaban consigo. Por esta razón José Alfredo y Vilma se emplean en la Hacienda Valle Hermoso, ubicada en la hoya de Casanga, en donde el patrono les advierte que: “Deben quedarse por lo menos un año y renunciar a ese absurdo viaje a Loja, porque allá morirán pronto” (Jimbo, 2013, p. 66).

Fotografía: Lady Torres Carrión



Para desagradable sorpresa de los emigrantes, el hacendado todavía tenía esclavos negros y a todos los trabajadores les daban un trato inhumano. Esta realidad feudal esclavista del agro lojano, aunada a la lectura de los cambios generados por la Revolución cubana de 1959, solivianta a los obreros agrícolas, quienes inician los reclamos en contra de los centenarios abusos del terrateniente y en pro de la reivindicación de todos los derechos que les asistían, hasta ese momento conculcados y cuya concreción había sido enarbolada, como plataforma de lucha, por la izquierda socialista y comunista del Ecuador y el mundo de esos años: "Exigimos que se nos respete, que se suprima el castigo en el cepo; que a los negros les quiten las cadenas y las marcas al rojo vivo; que no se cobre los diezmos y las primicias; que se nos pague un salario de tres sucres y que paren las violaciones a nuestras mujeres" (Jimbo, 2013, p. 75).

José Alfredo percibe que el conflicto obrero patronal iba a terminar en la masacre de los trabajadores, como ya había sucedido en una ocasión anterior en el cantón Calvas, con la complicidad de las autoridades y el apoyo directo de las fuerzas represivas del Estado, motivo por el cual decide emprender la partida: "José Alfredo determinó entonces que había llegado la hora de emprender el viaje interrumpido y, furtivamente, comenzó a preparar a la familia para la huida" (Jimbo, 2013, p. 77), llegando al fin a la ciudad de Loja, un 2 de septiembre de 1961, cuando en la capital de la provincia se encontraban en plena celebración de la Feria religiosa y comercial, en homenaje a la Virgen de El Cisne.

En la desconocida ciudad, con el auxilio de un barrendero municipal, José Alfredo y su familia encuentran un reducido espacio para habitar. Una vez

instalado, él emprende en la búsqueda de un trabajo que le genere los recursos para satisfacer las necesidades básicas, lo cual no le fue nada fácil, porque: “El éxodo inusitado de tanta gente desde la frontera, en procura de auxilio para subsistir, saturó las oportunidades de trabajo y, en Loja, tampoco existía la gran industria o abultadas instituciones que pudieran solventar el problema ocupacional”(Jimbo, 2013, pp. 94-95); sin embargo, gracias al solidario apoyo de quien le ayudó a encontrar vivienda, ahora consigue enrolarse “en el equipo de barrenderos del Ilustre Municipio de Loja”. De su parte, Vilma comienza a ejercer sus dotes de médica herbolaria y los hijos ingresan a una institución educativa a seguir estudiando, conforme era el sueño y la aspiración de los progenitores.

A la familia Sánchez Gálvez no le fue nada fácil insertarse en la ciudad de Loja, razón por la cual: “Un año de permanencia en la ciudad, bajo realidades muy duras: estrechez económica, carencia de nutrientes en la alimentación, soberbia y desprecio de los ciudadanos” (Jimbo, 2013: 98-99) comienzan a hacer estragos en los migrantes campesinos; no obstante las dificultades que se presentan a diario, el optimismo, la capacidad de trabajo y las dotes de líder natural de José Alfredo lo llevan a ocupar la Presidencia del Sindicato de Trabajadores del Ilustre Municipio de Loja y más tarde se desempeña como Presidente de la “Cooperativa Loja Libre” que, con el apoyo de un diputado, se había conformado para expropiar terrenos aledaños al centro de la urbe, como el actual Barrio La Tebaida y construir viviendas, para quienes carecían de ellas.

La participación de José Alfredo en la dirigencia sindical y cooperativista le generó la enemistad de los representantes de la clase dominante lojana y sus testaferros, quienes le tienden una trampa y, mientras barría las calles en horas de la madrugada, en un confuso incidente lo hacen aparecer como integrante de la banda que saqueó una bodega y por ello, sin ninguna fórmula de juicio, es apresado: “Así (...) fue arrojado sangrante, apaleado y sin conocimiento en una inmundicia celda, en la que se consumían los más peligrosos delincuentes de la cárcel de la ciudad” (Jimbo, 2013, p. 107). Debido a los golpes que recibió de manos de sus captores pierde la visión para siempre.

Mientras José Alfredo permanece privado de la libertad, Vilma “debía lavar mucha ropa y obtener algo de dinero para sostener y alimentar a los dos hijos y al esposo encarcelado y ciego” (Jimbo, 2013, p. 115). Desempeña esta humilde ocupación con entera

responsabilidad hasta que un grupo de forajidos la asalta al borde del río, y aunque se salva del inminente ultraje sexual, le sustraen la ropa. La mente de Vilma no soporta más preocupaciones, pierde la razón y como consecuencia es desalojada del cuarto que ocupaba y días más tarde muere atropellada por un carro, conforme le relata a José Alfredo, el amigo Polidoro que tanto los había ayudado: “Vilma murió, la atropelló un carro, hace tres meses la enterramos”; José Vicente, el hijo de la familia migrante, que años atrás había sufrido la violación de un cura pederasta, va a convivir con un homosexual y, a consecuencia de una enfermedad desconocida que éste le contagia, muere: “Finalmente, los dos murieron desahuciados, estigmatizados y en soledad. Algunos obreros de la sanidad recogieron con asco los cuerpos de los homosexuales y los precipitaron en el incinerador municipal” (Jimbo, 2013, p. 117).

Sólo a Susana parece sonreírle la suerte; porque, luego de haberse auto liberado de la prostitución a la que fue obligada a ingresar y de haberse encontrado con el amor de su niñez, Roberto Infante, junto a él llega a la ciudad de Quito y después se dirige al Nororiente amazónico, para convertirse en una de las fundadoras de la capital de provincia que rememora el nombre de su Loja natal: “Después de poco tiempo, se asociaron con algunos migrantes lojanos y fundaron la ciudad de Nueva Loja y otros pueblos igualmente importantes” (Jimbo, 2013, p. 127).

José Alfredo, ciego, enfermo y, literalmente, casi muerto de hambre, es abandonado en media calle; con inenarrables dificultades consigue llegar donde su amigo Polidoro, quien le informa de la tragedia de los suyos, infausta noticia que le hace desear su muerte inmediata; sin embargo, como no ha olvidado la promesa que se hicieron con su difunta esposa decide retornar a su tierra natal y a la casa que habitó con los suyos: “¡Amiga muerte, eres inevitable!”, Te respeto y te quiero; pero, esta vez, tengo que llegar a La Esperanza... allá nos hablaremos” (Jimbo, 2013, p. 131) y, efectivamente, cumple su objetivo, aunque el regreso sea sólo mental, porque ya nada puede ver, pues la luz de sus ojos se la había apagado para siempre, como muy pronto sucederá con la de su existencia terrenal.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Benites Vinuesa, L. (2003). Ecuador: Drama y Paradoja. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión".

Jimbo Córdova, A. (2013). El Retorno. Quito: El Conejo.

Martínez Amador, J. (2003). Los caminos del tiempo. Quito: El Conejo.

Salazar Estrada, Y. (2013). La migración en la novelística lojana. Loja: Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión".

S/N (2014). La emigración internacional en la novelística ecuatoriana (Tesis doctoral, Universidad del País Vasco, San Sebastián, España).